

# *Juego de muñecas*



***Esteban Gil Girón***

*Esteban Gil Girón*

*gilgiro@racsa.co.cr*

*(506) 2228-8453 Costa Rica*

*(001) 347 528 7699 Manhattan*

# I

## Parte

Juego de muñecas

# 0

Cuando se la colocaron en el cuello, un escalofrío se le disparó endiablado por la espalda. Era un roce lento y escamoso que le despertaba temores recónditos que presentía largamente sepultados en las honduras de la memoria, una sensación extraña de alguna paradójica manera remotamente familiar, algo como un reflejo atávico que viajaba a través del tiempo y le llegaba funesto desde otras eras y lugares, trayéndole secuelas de emociones milenarias que su alma peregrina alguna vez habría conocido.

El bicho se movía lentamente hacia los costados, luego migraba hacia la espalda.

Con los dientes apretujados, intentaba localizar la cabeza porque ignorarlo le transmitía crispación y nerviosismo.

Al cabo de algunos segundos la vio reaparecer, pequeña y triangular por debajo de la axila derecha, como midiéndole el perímetro de su desnudo tórax infantil. De reojo y con la respiración contenida, atisbaba con recelo sus movimientos, mientras tragaba una saliva espesa y se preguntaba si no pagaría caro la insensatez de haberse ofrecido a tan singular demostración, consciente como estaba que en cualquier momento aquella culebra vieja podía hincarle sus colmillos.

Los ojos sepultados bajo una cutícula opalina conferían al reptil una ferocidad adicional, más a la vuelta de algunos segundos el muchacho descubrió que comenzaba a acostumbrarse a aquel insólito contacto.

Solo entonces comenzó a soltar de a poco el aire, atenido a la promesa reiterada del charlatán engalanado dueño de la víbora, concerniente a su exclusiva dieta de roedores, su comida natural. Pero siempre asustaba, tanto, que el murmullo aprobatorio de la gente congregada a su alrededor, certificaba con aplausos su valor de prestar el cuerpo a aquella curiosa operación.

Reconoce entre el grupo a algunas vecinas de su madre, quiénes agitando sus manos lo saludaban impresionadas por su arrojo.

Tiene la vista puesta en el pedacito de cielo algodónado, que le recorta la ventana, piensa en la libertad de los pájaros y en la plenitud de las alturas. No es el blanco de las nubes lo que lo abisma, sino la pureza del azul que las enmarca.

Baja luego desganado la cabeza y trata de juntar ganas que no tiene para volver a la carga.

Allí, frente a sus ojos y sobre el papel donde prolijamente ha desplegado sus filas, lo espera desafiante el enemigo.

Son líneas paralelas impecablemente articuladas por una serie misteriosa de símbolos, las que dinamitan su paciencia.

Como si arremetiera contra una sólida muralla su inteligencia rebota contra ellos, pero insiste una y otra vez, porque sabe que no le queda otro remedio.

Las expresiones algebraicas con su carga de números y letras le danzan elusivas en la mente, y en cada vuelta pasan más lejos de sus entendederas. Persevera con un gesto de fastidio en otro intento de descifrarlas, pero vuelve a fracasar.

Entre libros aburridos y cuadernos mustios por un manoseo reiterado, sufre el encierro de aquella tarde de verano. Para colmo de males, a cada rato esa suerte de esperanto que es el grito de gol le llega enardecido, trasmitiéndole la emoción de un partido que no juega.

Son sus amigos quiénes lo apuran en un potrero cercano.

Encadenado al álgebra en plena temporada de vacaciones, suspira y se resigna. Es el precio que debe pagar por no haber estudiado durante el año lectivo.

A sus padeceres se suman los rigores de la canícula, y la situación se torna inaguantable.

Siente sobre sus espaldas la mirada pesada de su madre, quién sin soltar la escoba lo vigila todo el tiempo.

De pronto se arma de valor y camina furtivo hacia a la puerta, más como tanto había temido, la voz materna truena en el trayecto:

¿ Adónde vas..?

¡ A despejarme un poco.!

¡ Agarra los libros, no seas vago...!

Es que con este calor me cuesta concentrarme, dame un respiro, le ruega.

Vuelve pronto entonces que estás a pocos días de los exámenes, concede inesperada y provisoriamente la autora de sus días.

Sale aliviado a la calle, pero descubre que el partido ha terminado, el potrero está vacío y sus amigos ya se han ido.

Al frente, en la plaza del pueblo, los viejos se refugian a la sombra de los tilos.

El bochorno aplasta cualquier intento de tertulia.

Tienen tomado el parque con su aburrimiento profesional. Algunos cubren su cabeza con un pañuelo humedecido, sin grandes noticias de

la elegancia. Otros se abanicaban con un periódico y no faltan quienes han caído en brazos de Morfeo.

Los observa curioso a la distancia, con esa irreverencia silenciosa con que los niños atisban a los seres que se encuentran en el otro extremo de la vida.

Allí están, estragados por los años, capitulando lentamente ante sus achaques, intentando sin fortuna descargar la fatiga de tiempo que tienen adentro, tendidos sin remedio sobre las bancas de piedra, como ensayando esa muerte que los ronda aleteando errática, sin decidir a cual se lleva primero.

Después de intercambiar algunas pocas palabras, cada uno termina hundiéndose bajo el peso de su nostalgia particular, añorando épocas cuando todo era mejor y distinto, buceando en la memoria a la caza de un recuerdo grato, que alguno a veces trae a la superficie con una sonrisa indescifrable.

Nadie le pregunta nada porque saben que solo se entiende, que cualquier explicación sale sobrando...

Más adelante el muchacho se cruza en el camino con el vendedor de lotería:

¿ Como le baila, don...?

¡Aquí, pariendo con este calor..!

Sexagenario y desdentado, el viejo trae la camisa empapada y un aire de claudicación en la mirada.

¿Esta dura la calle.? El hombre asiente y pasa de largo desganado, sin ganas de establecer un diálogo y dando muestras de sufrir más que sus congéneres aquellos hervores de temporada.



El único que parece sobrellevarlos es John Wayne, cuya silueta se recorta ganadora en la vereda de enfrente. El chico cruza la calle, se planta a su vera y lo somete a un severo escrutinio.

Es el mismo de siempre, comprueba.

El actor luce su porte habitual, emboscado en ese perfil artificioso que le recetan en Hollywood. Tiene una ceja levantada, el hombro bajo, la mirada puesta en un horizonte imaginario, y se reporta alerta para seguir resolviendo los problemas a punta de Winchester. Ignorando olímpicamente el clima, se haya ataviado con un grueso abrigo de pieles y el sol le da de lleno en la cara, pero los rayos rebotan frustrados contra aquella figura legendaria.

Encuadrada en la fachada de ese templo barrial de emociones colectivas que es el cine Roxy, con sus paredes blanquecinas y su letrero de neón tan vertical como apagado, la gran silueta de cartón convoca a los transeúntes a ver su película de aventuras.

La imagen trasmite frescura y provoca la sed del chico, quién lamenta la falta de dinero para comprar una gaseosa.

A su lado y diseminadas sobre los vidrios de la puerta giratoria, se puede ver una gran variedad de fotogramas, ilustrando siempre el mismo paisaje invernal. Ocurre que en la función de la tarde tienen por costumbre exhibir dos películas, una generalmente repetida a guisa de abre bocas y luego la principal.

El niño se dispone a intentar su truco favorito, que consiste en meterse inadvertido en el baño antes que termine la primera y esperar allí escondido al público que llega a los orinales durante el descanso, para después salir

mezclado con ellos rumbo al interior de la sala con cara de haber pagado su entrada.

Pero un viejo enemigo se lo impide.

Jaime, el acomodador, se interpone en su camino.

Espectacularmente ataviado con su uniforme de ministro plenipotenciario, un par de charreteras con mostaza tapizan sus hombros y una red de cordones vistosos enlazan una doble fila de botones centellantes.

Jaime lo mira inquisitivo con las manos en la cintura...

En realidad su misión no es tan grandilocuente como la que su pomposa indumentaria sugiere. No tiene en su condición de aparente general la misión de conducir batallas ni asistir a conferencias continentales, tampoco proclamar acuerdos militares entre partes en pugna.

Solo debe cuidar que nadie pase a la sala de proyección, sin cumplir con la consabida ceremonia previa de la boletería.

Esta vez no te me escapas, piensa el portero que acepta el reto y destila orgullo por sus poros, mientras mide al pequeño intruso desde la cumbre de su ego. Conoce a ese sabandija y puede leer en sus ojos sus aviesas intenciones.

No sería la primera vez que se sale con la suya, pero en esta ocasión el hombre está decidido a no dejarse burlar.

El chico percibe su propósito y comprende que no hay nada que hacer.

Más está decidido a no rendirse, sigue husmeando alrededor sin perder la esperanza de un milagro de último momento.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

